

# Las máscaras de los ocupantes ilegales, o la voluntad de ser otro”.

María Carman1

## Introducción.

La intención de este trabajo consiste en recorrer brevemente ciertas máscaras - pensadas en tanto estrategias simbólicas de representación- a las que recurren los ocupantes ilegales del barrio del Abasto de la ciudad de Buenos Aires. Se trata de algunos ocupantes que aún subsisten allí pese a los desalojos masivos que están teniendo lugar en el barrio a partir de la reciente inauguración del shopping Abasto de Buenos Aires, y con los que venimos trabajando desde hace siete años.

¿De qué modo procuran los ocupantes enmascarar su ilegitimidad, si la evidencia física no sirve para componer un disfraz creíble? ¿Qué rostro nuevo componen, dentro de sus acotadas posibilidades, para abordar el porvenir? Hemos de exponer aquí algunas máscaras que “fabrican” los ocupantes con los recursos que tienen a mano para desplazar, siquiera discursivamente, el estigma y tender nuevos puentes de reconocimiento social.

## El “nuevo” Abasto y sus habitantes desplazados.

El fenómeno de las ocupaciones ilegales, que comienza a fines de la dictadura militar y principios de la democracia -1983 en adelante- es contemporáneo a la clausura del mercado de Abasto, acaecida en 1984. El despoblamiento de determinados espacios, sumado al hecho de ser un barrio “de los márgenes” pese a su ubicación céntrica; más el ablandamiento de las prácticas tras la caída de la dictadura; son todas circunstancias que se combinaron de un modo singular para que determinados sectores -recién llegados, ex inquilinos o antiguos expulsados de la ciudad- “rompieran candado” en distintos rincones del Abasto; así como también en otros lugares de la ciudad con características similares.

Entre las heterogéneas trayectorias de vida de los ocupantes que han habitado o continúan habitando en el barrio del Abasto, encontramos un grupo prevaleciente de personas que vino del interior del país -en particular de las provincias del Norte- en busca de mejores oportunidades laborales. Se trataba de familias pobres que, impulsadas por las crisis de sus respectivas provincias y la falta de oportunidades laborales, recurrieron a las equívocas luces de la gran ciudad en procura de cierta salvación de sus penurias económicas. Por otro lado, entre los ocupantes también encontramos una franja minoritaria de sectores medios pauperizados -comúnmente denominados “nuevos pobres”- que experimentaron en las últimas décadas procesos de movilidad social descendente. Se trataba de personas de un capital cultural llamativamente más rico que los recién mencionados, cuyo curriculum vitae de clase media desembocó -por circunstancias adversas o escabrosas- en su condición de

ocupantes ilegales. Algunos de ellos vivieron anteriormente en casas de su propiedad o departamentos de alquiler.

Las profundas transformaciones que está implicando la reactivación del mercado de Abasto y de otras manzanas aledañas, han desencadenado un gran número de allanamientos, desalojos y demoliciones de casas tomadas en el barrio para la construcción del hipermercado, edificios torre y restaurantes en las cuadras que rodean al actual shopping.

Los ocupantes “omiten” o bien niegan parcialmente el presente actual del barrio donde viven, del mismo modo en que niegan su propio presente como ocupantes. Tampoco reconocen a los ocupantes desalojados en estos últimos tiempos como “uno de los nuestros”; por lo que sería erróneo considerar que en las circunstancias extremas se acrecienta la concientización de los sectores populares<sup>2</sup>.

Actualmente se nos presentan grandes dificultades para seguir el trayecto de las historias residenciales de los actores involucrados en la investigación; ya sea porque los ocupantes aducen desconocer a sus vecinos o porque en otras oportunidades -por ejemplo, cuando existe una relación afectiva- los que subsisten en el espacio barrial suelen encubrir el verdadero destino del desalojado cuando éste viene emparentado a un “descenso” social respecto a la casa tomada<sup>3</sup>. A esto se suma lo abruptos e impredecibles que resultaron dichos desalojos.

En el marco de la reciente inauguración del monumento a Carlos Gardel y de la peatonal en la cortada homónima, se sumaron más desalojos a los moradores de casas tomadas. Los ocupantes que aún subsisten en el barrio extreman su necesidad de diferenciarse de los otros que quedan y de los que ya se han ido.

“...Un grupo de los de Agüero quisieron meterse en una casa de acá a la vuelta y los sacaron enseguida. Todavía no entienden que para vivir hay que pagar lo propio, los impuestos...”

(Blanca, 34 años, ocupante<sup>4</sup>).

Ni siquiera en esta situación límite donde otros ocupantes son desalojados ellos se sienten familiares, próximos a ellos. Podemos aseverar entonces que la ola masiva de desalojos no hace sino aumentar su fragmentación como grupo social y la representación de que se encuentran “al margen”, por contraste a la estridente legitimidad que adquiere el shopping y por añadidura, el barrio todo.

Con la reapertura del mercado, se exagera la ilegalidad y por lo tanto el desprestigio de los ocupantes, que no hace sino provocar su “retirada” de los espacios públicos y su reclusión en la intimidad. Este gesto refuerza la estrategia de volverse, si fuera posible, invisibles a los ojos de los demás para resistir el desalojo.

## **Identidades contrariadas.**

¿Soy yo ese nombre?

(Denise Riley, citada por Judith Butler)

La asunción del término ocupantes -al menos por parte de la sociedad- estaría denotando una identidad común. No obstante, más que un significante estable que apela a la aprobación de aquellas personas a quienes pretende describir y representar, el término “ocupantes” constituye un término problemático, un espacio de enfrentamiento, una causa de ansiedad<sup>5</sup>.

La constitución de una identidad valorada parece resultar bastante ardua para los ocupantes, ya que existe una gran brecha entre la autoatribución de identidad (cómo los ocupantes se piensan a sí mismos) y la alter-atribución, en donde el término ocupante ilegal viene tan asociado a una realidad casi palpable de “transgresión” o “delincuencia”, que no parece posible rescatar ese término para conferirle otro sentido, para rescatarlo de su uniaccidentalidad<sup>6</sup>.

Frente a un sistema de clasificación que inclina la balanza a favor de la evidencia física, la salida posible de los ocupantes ilegales se vincula con la construcción de una diferencia o la “invención” de otra fachada para aumentar su cotización como grupo social. Esta lucha simbólica por imponer una determinada visión del mundo -que se procesa en la vida cotidiana de estos sectores- está permanentemente en función de la mirada del otro.

Los ocupantes buscan representar identidades más cotizadas socialmente que la de “ser un intruso”; en pos de un determinado interlocutor que les imponen un modo de ser asociado a la ilegalidad, ya sea el Estado, algunos medios de comunicación, o los vecinos de clase media con los que comparten el espacio barrial en disputa. A través de la puesta en práctica de este sentido del juego, los ocupantes disputan un lugar social más favorable, mostrándose ante la sociedad con diferentes caras de sí mismos.

Coincidimos con Hall (1995: 18) cuando sostiene que ninguna identidad singular -por ejemplo, la clase social- podría reunir todas las diversas identidades en una sola. La identidad de “ocupante ilegal” se superpone y contradice con otras identidades presentes en dicho grupo social: por ejemplo de enfermero, de uruguayo, de vecino del barrio, etc. Los ocupantes apelan a diversos atributos étnicos, regionales, culturales para la invención de su propia identidad. Y desde cada una de estas experiencias de la identidad se afirma o se niega una identidad de ocupante diferenciada.

## **Las máscaras de los ocupantes y la voluntad de ser otro.**

“Yo temo que el espejo muestre

el rostro verdadero de mi alma”  
(Jorge Luis Borges: Historia de la noche).

En el marco de este trabajo, proponemos repensar dichas identidades a partir de la figura de la máscara. Citamos al maravilloso trabajo de Bachelard (1993: 203-217) sobre el tema:

“(…) La máscara aporta la seguridad de un rostro que se cierra. Se une, entre la máscara inerte y el rostro vivo, la voluntad de disimulación, de ser alguien que no se es. La disimulación es una categoría intermedia, una conducta oscilante entre los dos polos de lo oculto y lo expuesto.

(…) La máscara es eminentemente activa: quiere que se le lleve, se ofrece como un instrumento de disimulación. El sujeto, al mismo tiempo que la forma, la reforma para que sea verdaderamente su máscara. El ser que busca el artificio, que se disfraza, tiene la voluntad de, en lo sucesivo, tener otro rostro.

(…) La máscara nos ayuda, pues, a afrontar el porvenir. Si se fuerzan un poco las relaciones de la figura y el rostro, si la máscara se integra, pareciera que la máscara pudiera ser una decisión de una nueva vida.

La máscara es la voluntad (...) no sólo de comandar al propio rostro sino de reformarse el rostro, de tener en lo sucesivo un nuevo rostro”.

Ahora bien, ¿qué pasa en el caso de los ocupantes, cuya pobreza tan expuesta los exime de la capacidad del simulacro, del “lujo” de una máscara? Ellos construyen discursivamente una identidad más cotizada apelando a una moral exageradamente intachable, un pasado mítico, un futuro grandilocuente, una biografía de “pobre pero honrado”, una “raza” o nacionalidad digna e insuperable; un trabajo esforzado como ninguno, un destino desmedidamente injusto...

En tanto la máscara es siempre incompleta, fragmentaria, inacabada, los ocupantes acuden a las máscaras que pueden “fabricar” con los recursos que tienen a mano. Son rostros hablados, rostros descriptos mediante la palabra. Sus máscaras son, en todo caso, discursivas y no visuales. No es un travestismo que entra por los ojos sino por la comprensión.

Pero en este caso no es posible, como diría Bachelard, liquidar de una sola vez al ser que se esconde. Si para los ocupantes el presente conforma un hiato, un tiempo entre paréntesis, podríamos también argüir desde aquí la imposibilidad de los ocupantes de construirse -metafóricamente hablando- una “máscara colectiva”, una murga, un carnaval que los englobe en tanto grupo social.

Si, como bien señala Bachelard, la máscara acentúa en el presente una voluntad de impasibilidad, el artificio que dicha máscara pretende “hacer creer” estaría vinculado con la idea de que el portador de esa máscara es alguien ahora, en el

presente. Esto es, precisamente, lo que consideramos arduo de construir en el caso de los ocupantes: ellos difícilmente pueden crearse -y creerse, y mucho menos entonces “hacer creer”- una identidad basada en el “aquí y ahora” del que reniegan. Si el aquí y ahora les resulta intolerable para sí mismos (o en el más leve de los casos impresentable para los demás del “afuera”), resulta imposible sacarle provecho a esas condiciones de vida actuales para a partir de ellas, “reciclarlas” y formar, con sus materiales, un disfraz más legítimo, o acorde a lo esperado socialmente.

Habrán de valerse, pues, de otras armas alejadas de la condición de ocupantes: la profesión, la familia, la estirpe, el orgullo étnico, la ética... Por estos otros caminos, pues, los conocidos como “ocupantes” se distancian de esa condición estigmatizante y pobre en recursos, para re-construirse. Logran así tender nuevos puentes de reconocimiento social, sacando a la luz facetas ignoradas y a veces insólitas de su propia biografía que puedan servir a ese fin.

Veamos por ejemplo el caso de Enzo que configura una suerte de arquetipo detrás del cual se encolumnan otros afines.

#### **Enzo, o el que nunca deja de ser extranjero.**

Enzo es, antes que nada, uruguayo. Esto es lo primero que surge en su relato desde el día en que nos conocimos, hace ya varios años. En las sucesivas entrevistas, esta condición de extranjero -orgullo en sí mismo y a la vez escudo contra otros estigmas que pesan sobre él- parece eclipsar toda otra definición posible de su propia identidad.

Enzo llegó por primera vez a Buenos Aires a “probar suerte” 15 años atrás: “la primera vez me fue bastante bien, trabajaba en un restaurante y me alcanzaba para pagar la pieza, comer, vestirme. Incluso íbamos al cine con otro flaco... Sí, la verdad que me fue muy bien esa vez...”. Luego regresa en la época de la hiperinflación, en 1989, se queda sin trabajo y regresa a Uruguay. Finalmente vuelve a Buenos Aires en 1991, esta vez con Sandra, su mujer, y sus 3 hijos. Inicialmente viven en la casa de dos familiares que les prestan una pieza, hasta que un tío le cede parte de su pieza en una casa tomada del Abasto, a una cuadra y media del mercado. Enzo, a su vez, vuelve a subdividir esa pieza en un precario dúplex.

Pese a su proximidad con el mercado de Abasto y al hecho de habitar hace más de un lustro en el barrio, Enzo desconoce de qué se trata ese gigantesco edificio. Tampoco reconoce al barrio como “el Abasto” e ignora todo lo vinculado a su historia. ¿Realmente desconoce todo aquello o prefiere “inventarse” en pos de determinados interlocutores una identidad de turista, de vecino de paso, de extranjero? Porque, si bien ya hace más de una década que dejó Uruguay y vive en Buenos Aires, Enzo se sigue definiendo constantemente desde ese lugar de extranjero.

En este sentido, Penna demuestra de qué manera diferentes mecanismos -como la construcción simbólica de la memoria, por ejemplo- pueden preservar como principal referente para la autoatribución de identidad, una experiencia pasada. La autora presenta un interesante ejemplo de un nordestino que hace 30 años que vive en Río y sin embargo se siente “más nordestino que nunca”<sup>7</sup>.

Enzo rechaza con vehemencia la identidad que le atribuyen de ocupante. Desconoce absolutamente a otros ocupantes, próximos o distantes, con los cuales no entabla relación alguna<sup>8</sup>. También desestima cualquier tipo de práctica de «consorcio» con el resto de los habitantes de la casa, algunos de los cuales pretendían regularizar el pago de los servicios para alquilar la casa a la municipalidad, verdadera dueña de la casa.

Enzo refiere a los ocupantes como “ellos”, como una realidad ajena de la que puede hablar con cierta distancia y objetividad. Cuando habla de los ocupantes, alude a “ellos”, “todos” o saltea el sujeto usando directamente el verbo; rechaza utilizar el rótulo de ocupante ilegal porque implicaría aceptar la equivalencia que conlleva ese nombre con una determinada actitud o comportamiento: los ocupantes son vagos, delincuentes, drogadictos, etc<sup>9</sup>.

Finalmente Enzo deja el Abasto para mudarse a Barrio Norte, la zona de más prestigio de la Capital. Luego de vivir en aquella mínima pieza del Abasto durante 6 años, y tras probar los más diversos trabajos -todos ellos precarios y de baja remuneración- Enzo y Sandra venden la pieza que les había cedido originalmente su tío. Con lo recaudado compran un Fiat 127 y viven junto a sus hijos dentro de él. Durante el día estacionan el auto en Barrio Norte y piden limosna en la calle; hasta que finalmente el auto se rompe y continúan viviendo en su interior.

A la historia de Enzo podrían sumárseles otros relatos de ocupantes ilegales que, como él, no reconocen al mercado y ni siquiera al barrio como parte de “su” lugar, por más que habiten allí desde hace más de una década. En parte porque visualizan este espacio -la casa tomada y el barrio donde ésta se emplaza- como un “accidente”, un lugar de paso; en parte porque otros actores locales o nacionales de mayor capital económico, cultural y social los invisibilizan y les niegan todo vestigio posible de reconocimiento social<sup>10</sup>.

No basta, entonces, con que Enzo se considere uruguayo por sobre todo: la identidad que continúa prevaleciendo -al menos hacia el afuera y prescindiendo del hecho de que él la asuma o no- es la de ocupante ilegal.

Y esto genera una gran contradicción, ya que nadie se reconoce en una identidad negativa: “...las mismas nociones de diferenciación, comparación y de distinción, inherentes [...] al concepto de identidad, implican lógicamente como corolario la búsqueda de una valorización de sí mismo con respecto a los demás<sup>11</sup>«. Por lo

que los actores sociales, en resumen, necesitan cierta positividad en su adscripción de identidad.

El problema en el caso de los ocupantes reside en que, para que esa distinción funcione efectivamente como una identidad alternativa, debe lograr un reconocimiento intersubjetivo. Y en la medida en que las postulaciones de identidad que esgrimen los ocupantes -individual, familiar o en el seno de una casa, a lo sumo- no obtienen el suficiente reconocimiento social, tampoco logran alzarse como una identidad alternativa.

Más bien lo que prevalece en los ocupantes es lo que Giménez conceptualiza como una “identidad etiquetada”: el actor se autoidentifica en forma autónoma aunque su diversidad ha sido fijada por otros.

¿Puede solamente la alteratribución de identidad, por más poderosa que esta sea, ser un elemento suficiente para definir la identidad de un grupo social? Esta postura es objetable al menos en dos sentidos. Por un lado: ¿Se pueden “aglutinar” identidades tan disímiles, de orígenes y discursos tan diversos bajo la categoría de ocupante ilegal? Y por otro: ¿Es posible hablar de una identidad social de ocupantes ilegales si ellos mismos tampoco se atribuyen esa identidad?

Si bien para el resto de la sociedad la identidad de ocupante ilegal conforma un hecho objetivo y fundante, para la propia percepción del ocupante esta no se transforma -por el mero etiquetamiento externo- en el rasgo prioritario de su identidad. ¿No está en juego además, en esta alter-atribución de identidad, el ejercicio de un estigma?

Estos actores pretenden, decíamos, que esta identidad unánime y homogeneizante de ocupante ilegal no anule su pluralidad de pertenencias; pluralidad que como bien sostiene Giménez (1987: 6) no eclipsa la identidad sino que la define y la constituye. A través de estas otras pertenencias -y no por el mero hecho de “ser” ocupantes- ellos constituyen sus puntos de vista. Las representaciones sociales también definen la identidad y la especificidad de los grupos: “Ellas tienen [...] por función situar a los individuos y a los grupos en el campo social [...] permitiendo de este modo la elaboración de una identidad social y personal gratificante”<sup>12</sup>

## **Epílogo.**

Lo expuesto hasta aquí tampoco ha de derivar automáticamente en la conclusión de que los ocupantes constituyen un mero agregado de individuos, en tanto la identidad postulada se corresponde más a un etiquetamiento externo que a una adscripción personal. Aunque suene paradójico, uno de los rasgos predominantes que comparten estos actores es, precisamente, esa alteratribución de identidad fuertemente estigmatizante -desde el punto de vista simbólico- que se materializa en cons-

tantes amenazas de desalojo, desalojos efectivos y allanamientos. Y por supuesto, los ocupantes también han compartido un mismo espacio físico -aunque renieguen de él- y cierto empalme en sus historias residenciales y laborales. El espacio barrial y determinadas redes asociadas a éste como la Iglesia, el centro de salud y la escuela también constituyeron elementos comunes de su vida cotidiana.

No obstante, como diría Bourdieu (1990: 285), la reunión entre los más próximos nunca es necesaria y fatal. Esta coincidencia de trayectos no implica per se que los ocupantes se reconozcan en estos supuestos símbolos afines, ni tampoco que sus historias trasuntan en una memoria compartida. Muy por el contrario, existen diversas apropiaciones o relecturas de la historia en pos de las estrategias que cada uno de los ocupantes pone en juego; y es en aquella dirección en que seguiremos trabajando tanto retrospectivamente –a partir de todo el material de campo recolectado estos años- como con los ocupantes que todavía sobreviven en el mítico barrio de Gardel.

### **Bibliografía.**

- BACHELARD, Gastón.  
1993 [1970]. El derecho de soñar. Fondo de cultura económica. Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre.  
1990. Sociología y cultura. Editorial Grijalbo. México.
- BUTLER, Judith.  
1997. “Subjects of Sex/Gender/Desire”. Capítulo I del libro: Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity. (New York, Routledge, 1990). Traducción: Adolfo Campoy Cubillo. Publicado en Revista Feminaria No. 19. Buenos Aires.
- CARMAN, María.  
1996. “Estrategias de reproducción de los sectores populares: el caso de los inquilinatos y casas tomadas del barrio del Abasto”. Informe Final beca de estudiante UBACyT. Mimeo.
- CORAGGIO, José Luis.  
1989. Participación popular y vida cotidiana. Ponencia presentada en el Plenario de Trabajo Social sobre “Democracia, derechos humanos y participación popular” realizado en Quito. Mimeo.
- DELEUZE, Gilles.  
1987. Foucault. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- GIMENEZ, Gilberto.  
1987. Materiales para una teoría de las identidades sociales. Instituto de Investigaciones sociales de la UNAM. México. Mimeo.
- HALL, Stuart.  
1995. A questao da identidade cultural. En: Textos didáticos No. 18. IFCH/UNICAMP. Campinas. Brazil.

PENNA, Maura.

1992. O que faz ser nordestino. Identidades Sociais, intereses e o “escandalo” Erundina. Cortez Editora. Brazil.

ROBIN, Régine.

1996. Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo. Oficina de Publicaciones Ciclo Básico Común. Universidad de Buenos Aires.

1 Becaria de investigación CONICET. Docente de Antropología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Inserta en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y en el Programa de Antropología de la Cultura del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Tel: (011) 4-761-7550. Rosetti 536 (1602) Florida. Provincia de Buenos Aires.  
mariacarman@sinectis.com.ar

2 Coraggio enuncia una hipótesis -discutible por cierto- respecto de esta delicada cuestión. El autor afirma que la vida cotidiana “miserable” -según su expresión- de los sectores populares encierra una contradicción. Uno podría pensar, a primera vista, que esa miserabilidad podría llevar a estos sectores a participar en movimientos colectivos. Por el contrario, dice Coraggio, la cotidiana miseria se traduce en una necesidad de soluciones rápidas que obstaculiza una mayor participación (Cfr. Coraggio, J.L.; 1989: 227-230).

3 Este es el caso, por ejemplo, del tío de Enzo, uno de nuestros entrevistados: el tío alega que Enzo se fue a vivir a provincia mientras en realidad luego nos enteramos de que está viviendo dentro de un auto abandonado. Los cartoneros amigos de Mónica nos cuentan, del mismo modo, que ella se mudó a una “casa” en un barrio más prestigioso; lo cual resulta difícil de creer en sus condiciones de estar sin trabajo, sola y con hijos chicos auestas.

4 Los nombres de los ocupantes ilegales entrevistados fueron deliberadamente cambiados y sus direcciones omitidas, por respeto a las condiciones de anonimato que impusieron en algunas circunstancias nuestros interlocutores, y que hicimos extensivas al resto.

5 Este primer párrafo está extrapolado del trabajo de Judith Butler acerca de la categoría “mujeres”, en el primer capítulo (“Subjects of Sex/Gender/Desire”) de su libro Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity. (New York, Routledge, 1990). Traducción: Adolfo Campoy Cubillo. Publicado en Feminaria No. 19, junio 1997.

6 Al respecto cfr. Penna, M. 1992, cap. 2.

7 Penna, M.; 1992: capítulo 2. Ver otros ejemplos similares en Giménez, G.; 1987 y Robin, R.; 1996.

8 Incluso años atrás, en pleno desalojo de las bodegas Giol, ignoraban quiénes eran, pese a que se los podría catalogar como los ocupantes más célebres que tuvo la ciudad desde que la problemática de las ocupaciones ilegales adquirió cierta difusión.

9 Para un análisis más detallado al respecto ver Carman, M.; 1996: 98-127.

10 Las débiles líneas de visibilidad que “dibujan” los ocupantes en los entramados barriales mencionados han de leerse, entre otras cuestiones, en relación las políticas gubernamentales que los incumben u omiten; su contexto de residencia, y en relación a los demás actores sociales relevantes de dicho escenario urbano.

G. Deleuze trabaja el vínculo existente entre las líneas de visibilidad y enunciación en un determinado momento histórico. Las líneas de visibilidad se relacionan con las cosas que se hacen visibles, y cómo se disponen tales elementos en un determinado dispositivo. Según el autor, hay distribuciones variables entre lo visible y lo enunciable: ante todo heterogéneas, la fuerza o vulnerabilidad de estas líneas es cambiante. (Cfr. Deleuze, G.; 1987: 75-80).

11 Lipiansky, 1992: 41; citado por Giménez, G.; 1987: 16.

12 Mugny y Carugati, 1985: 183; citado por Giménez, G.; 1987: 8.